

## Conferencia Inaugural

---

### Un encuentro trascendental para la Pediatría española

L. VALLE GONZÁLEZ-TORRE

#### PREÁMBULO

Hace unos meses en una Junta Académica del CEM, institución que presido, me fue presentado el Dr. Miguel García Fuentes, que había acudido a la misma invitado por uno de sus miembros. Al final de la reunión me manifestó que era pediatra y su interés en hablar conmigo por ser un miembro de la Escuela de Pediatría del Dr. Guillermo Arce. Al poco tiempo, el Dr. Jaime Revuelta me llamó para pedirme que interviniese en la inauguración del “*XIII Memorial Guillermo Arce-Ernesto Sánchez Villares*” y yo inocentemente y sin darme verdadera cuenta de la trascendencia de tal petición acepté, y no quieran saber Uds. la cantidad de quebraderos de cabeza que me ha proporcionado tal decisión, pues después de celebrados doce memoriales poco quedaba por decir sobre unas personas de la categoría de las citadas. Posteriormente he relacionado ambos hechos.

Cuando comencé a reflexionar sobre la intervención todavía no me he explicado cómo se hizo un encargo de tal categoría a un médico general injertado de puericultor-pediatra, como yo.

Un médico, que a pesar de su titulación pediátrica, siempre ejerció en el medio rural y fundamentalmente en lo que para mí es un orgullo en el papel de “médico de cabecera”, eso sí, con unos conocimientos en la especialidad de pediatría, adquiridos en la magnífica escuela cuyo maestro fue el Profesor Guillermo Arce, que me ayudaron de una manera extraordinaria en el ejercicio de mi profesión.

Mi osadía no tiene disculpa. Pido perdón por mi atrevimiento.

#### DIGRESIÓN PREVIA

Como ya no valía lamentarse procuré documentarme al máximo, y para ello he contado con la valiosa colaboración del Dr. Jaime Revuelta y con la no menos valiosa, desinteresada e inapreciable colaboración de la Dra. Isabel Sánchez Jacob, hija de nuestro admirado maestro el Prof. Ernesto Sánchez Villares. A ellos mi especial agradecimiento.

Entre la numerosa documentación consultada he leído un borrador que el Dr. Sánchez Villares escribió sobre *La Pediatría Española de los últimos 50 años* y en el que, en su inicio, dice, y cito textualmente:

*“Hace meses me pidieron mis amigos de este Departamento, que colaborase en el XXV Curso de Progresos en Pediatría. Acepté sin pararme a pensarlo. El tema sugerido no me era ajeno. Conocidos son mi atrevimiento para dejar constancia, oral y escrita, de mi curiosidad por el pasado reciente de la Pediatría, mis añejas preocupaciones por la situación universitaria y asistencial, la falta de mecanismos inhibidores para expresar lo que pienso..., y mi radical independencia. Sus problemas me ha creado y me ¡seguirá creando!”.*

Me llamó la atención este párrafo por ser muy esclarecedor e ilustrativo sobre diversas facetas de su personalidad, fundamentalmente sus preocupaciones por la “*situación universitaria y asistencial*”, su “*radical independencia*” y porque pone de manifiesto una cualidad resaltada, tanto por sus colaboradores, como por las personas que le trataron. Su generosidad.

Incapaz de rehusar una invitación a participar en un acto académico o de homenaje a sus amigos aunque estuviese abrumado de trabajo o su estado de salud fuese precario. Su ausencia en la presentación del libro “*Historia y Medi-*

cina en España” en homenaje a su querido amigo y Prof. Sánchez Granjel, el 29 de junio de 1994, ya desató los comentarios entre los asistentes, pues solamente una grave enfermedad pudo haberle obligado a no asistir. Como desgraciadamente así fue.

#### BREVES VIVENCIAS DEL PREGRADO

Una vez expuesto este preámbulo y esta digresión, voy a pasar a relatar brevemente mis vivencias en esa Escuela de Pediatría y Puericultura del Dr. Arce en Santander, mi maestro, y mi relación con el entonces mi condiscípulo, el después Profesor Sánchez Villares, tanto en Salamanca como posteriormente en Santander, a fin de tratar de exponer mi particular opinión o visión sobre el título de esta intervención.

Y esas vivencias voy a tratar de exponerlas desde la perspectiva de un tiempo pasado, de un tiempo -por desgracia para el relator- ya muy lejano.

Voy a tratar de recordar, con la ayuda de mi escasa memoria y de la documentación recogida, un conjunto de hechos y actividades protagonizados por unas personas que tuvieron una importancia capital para el conocimiento y desarrollo de la pediatría en nuestro país, recordados, por el paso de los años, con la melancolía y el pesar que causa la pérdida de aquellos maestros que guiaron nuestros pasos en el ejercicio de la profesión y de aquellos condiscípulos que en el ejercicio de la misma dieron claro ejemplo y testimonio de aquella forma de ser y actuar, que caracterizaron la Escuela de Pediatría del Dr. Arce y posteriormente del Dr. Sánchez Villares.

Corría el año 1939, había terminado la guerra civil, y en las Universidades, en mi caso en la de Valladolid, confluíamos muchos de los que habíamos participado en la misma, habíamos vivido su experiencia y que durante tres años no habíamos “cogido un libro” y aquellos más jóvenes, como el Dr. Sánchez Villares, que habían terminado sus estudios de bachillerato durante aquellos años y que accedían en aquel momento a la Universidad. Es decir, varias generaciones con unos planteamientos vitales bastante contrapuestos.

En su lección inaugural del curso 85-86 de la Universidad de Valladolid, titulada: “*Reflexiones en la frontera de medio*

*siglo de pediatría*”, el Dr. Sánchez Villares decía, y cito textualmente:

*“Eran tiempos de escasez, de hambre, de frío, de falta de libertad, de represión, de sindicación estudiantil obligatoria y de dirigismo autoritario”...*

*“Sobre los estudiantes universitarios pasaba la amenaza de participar en la II guerra Mundial...”*.

Que eran tiempos de escasez estoy de acuerdo; de hambre, relativa y menos para los que eran originarios de la meseta, que recibían unos magníficos paquetes con alimentos de sus familias, que repartían generosamente con el resto de los pensionistas (que vivíamos en pensión) que no éramos tan afortunados, pero que teníamos un tremendo apetito. Frío pues sí, la verdad es que en eso tanto Salamanca como Valladolid han mejorado extraordinariamente, pues ahora hace mucho menos frío que entonces. Con el resto sólo estoy parcialmente de acuerdo, y es además un tema que no voy a tocar.

En cuanto la amenaza a que refiere en el segundo párrafo, ésta sí fue cierta y ese fue el motivo de que en el año 1943, al ser movilizado nuevamente y ser destinado a Salamanca, conociese a Ernesto Sánchez Villares. Precisamente en ese año, mes de octubre, me examiné de pediatría y el Catedrático era el Profesor Arce.

Desde el año 1941 yo asistía -durante las vacaciones veraniegas- como oyente a los Servicios de Pediatría del Dr. Arce en la Casa Salud Valdecilla y en el Jardín de la Infancia. Allí, los entonces estudiantes de medicina, nos iniciábamos en el conocimiento de la especialidad de boca de un verdadero “maestro”, el Prof. D. Guillermo Arce, un hombre bondadoso, dotado de una gran personalidad y de una facilidad para la docencia, extraordinaria.

#### ENCUENTRO TRASCENDENTAL

Y es precisamente en ese año de 1943 cuando se produce ese encuentro trascendental para la pediatría española, que es título y motivo de este trabajo.

Cuando yo propuse, entre otros, este título para mi intervención en este acto, en realidad no conocía en su totalidad el verdadero significado de la palabra **trascendental**. Cuando recurrí al diccionario, éste dice de dicha palabra, en su segunda acepción: “*Que es de mucha importancia o gravedad*

por sus probables consecuencias”, entonces comprendí que el título -aunque intuitivamente- había sido bien escogido.

Este encuentro que tanta trascendencia tuvo para el futuro de la pediatría española, ¿se produce de una manera forzada, accidental? ¿Fue fruto de la casualidad, del azar?

Es evidente que el encuentro entre ambos maestros fue casual, es decir, la consecuencia de: “una serie de circunstancias que no se pueden prever, ni evitar”, pero esta casualidad que en muchas circunstancias no tiene trascendencia alguna, en este caso sí las tuvo.

¿Hubo algo de predestinación en este encuentro?

Yo estimo que sí, e intuyo que el Profesor Sánchez Villares también lo entendió así cuando en su estudio *Antecedentes de la educación pediátrica y situación actual* presentado en el XVIII Congreso Español de Pediatría, dice:

*“Como sucede tantas veces, circunstancias coyunturales tienen influencias decisivas en el destino personal e institucional. De la cátedra de Madrid a la que prácticamente habían optado todos los catedráticos de aquel entonces, Guillermo Arce fue excluido. El destino le llevó a Salamanca”.*

Y esto ocurrió en el año 1943, y precisamente en ese año fue cuando el Profesor Sánchez Villares comenzase el estudio de la asignatura de pediatría y cuando conoció al Profesor Arce.

Era por entonces el Prof. Sánchez Villares alumno interno de la cátedra de Anatomía Patológica y dicen los que le conocieron más íntimamente, que posiblemente su destino futuro hubiese sido convertirse en adjunto de la citada cátedra y posteriormente en su catedrático.

Y es entonces cuando se produce este encuentro, entre esas dos personas, que tanta trascendencia había de tener para el futuro de la pediatría española.

Este encuentro, como lo definió una persona muy allegada al Dr. Sánchez Villares fue como un “flechazo” y como consecuencia del mismo, aquel estudiante que iba para anatomopatólogo de prestigio, se convirtió, no solamente en un prestigioso profesor, sino además en un “maestro” con todos sus atributos, con todas sus virtudes y también con todos sus defectos, y al mismo tiempo, en un renovador de la pediatría española, colaborando -de una manera decisiva- en el reconocimiento de la importancia de la misma en el conjunto de la medicina española.

Él reconoce la importancia de este encuentro en su lección inaugural del curso 85-86 de la Facultad de Medicina

de Valladolid, antes citada, al referirse a una de las dos experiencias de su época de pregraduado que consideró fundamentales en su posterior devenir:

*“La otra experiencia que tuve la fortuna de vivir, fue la de conocer a un profesor, que por su personalidad humana, atractivo personal, calidad docente y sagacidad clínica, dejó marcado mi futuro. Guillermo Arce despertó mi vocación por la especialidad médica que cultivo y dejó decidido el rumbo de mi futuro profesional”.*

Y es que precisamente ese contacto, ese conocimiento del “maestro” era lo que en muchas ocasiones podía decidir una vocación.

En aquella ocasión se encontraron dos personas, dos personalidades excepcionales, el maestro en plena evolución de su “**etapa de madurez**” hacia la “**etapa de creación**” y el alumno deslumbrado por la capacidad, la humanidad y la preparación del maestro.

Como el Dr. Sánchez Villares, muchos de los más capacitados miembros de la promoción que ingresó en la Facultad salmantina en el año 1939, descubrieron su vocación profesional en la Cátedra de Pediatría y aquel grupo de futuros médicos formaron posteriormente la escuela que más decisivamente contribuyó al desarrollo de la pediatría española de los siguientes años.

En su *Semblanza de los Dres. Arce-Sánchez Villares*, el profesor Sánchez Granjel dice, y cito textualmente:

*“Como docente, Guillermo Arce fue profesor con capacidad y preparación sobradas para deslumbrar, creo que este es el calificativo justo, a promociones de alumnos de la Facultad salmantina en años en que en ella dominaba el provincialismo y la carencia de actualizadas orientaciones científicas y de medios bibliográficos, consecuencia del aislamiento que el drama de la contienda civil impuso en la Universidad española de la década de los años cuarenta, a las primeras promociones de escolares médicos de la posguerra”.*

Este deslumbramiento no sólo afectaba -como hemos dicho anteriormente- a los pregraduados de la Facultad salmantina; también afectó a numerosos postgraduados de su región natal -donde se está celebrando este memorial-, además de a numerosos postgraduados de otras regiones españolas, que a pesar de las dificultades que entonces suponían los traslados y el costo de la estancia fuera de sus regiones, acudían a la escuela de Pediatría de Santander, que era un verdadero faro de luz en medio de tantas tinieblas y dificultades.

Aquella figura del “maestro”, hoy posiblemente inexistente, era en esos tiempos totalmente necesaria, y así lo resalta el profesor Sánchez Villares en la ya citada lección inaugural, donde al referirse al apartado que dedica al “maestro”, expone una serie de reflexiones que el profesor Rof Carballo dejó recogidas en su libro *La era de los maestros*, y algunas de las cuales no me resisto a repetir por el interés que tienen en relación al tema que estamos tratando.

*“Los jóvenes de aquel entonces -dice Rof Carballo- vivían no sólo de ilusión, sino de veneraciones. Fue la época de las grandes figuras”.*

Desde la perspectiva que me da el paso de tantos años, tengo que decir que suscribo totalmente esta frase, fundamentalmente en lo que a mí se refiere, y creo que todos mi compañeros de entonces también la suscribirían.

Rof Carballo insiste añadiendo:

*“Íbamos los hombres de nuestra generación, con el proyecto ilusionado de conocer de cerca a un gran maestro... Buscábamos la autenticidad. Es decir, lo genuino...”*

Probablemente esto a los jóvenes médicos de hoy les parecerá algo extraño, algo utópico, posiblemente porque encontrar hoy en día un “maestro” como aquellos que tuvimos la suerte de conocer, indudablemente sería una tarea tal vez imposible.

La temprana incorporación del Dr. Sánchez Villares a aquel grupo de pediatras, liderados por la indiscutible figura del Dr. Arce, que en Santander ejercían su especialidad dentro de un contexto hospitalario -la Casa de Salud Valdecilla y el Jardín de la Infancia- de lo más avanzado de nuestro país, le hizo convertirse además de en “**un clínico y consultor excepcional**”, en un docente extraordinario, pero, sobre todo, se impregnó de aquel espíritu, de aquel estilo, de aquella forma de ser, estar y actuar, que se convirtió en la característica principal de los pediatras salidos de aquella Escuela. Él lo aprendió así de su “maestro”, nunca lo olvidó y así se lo transmitió a sus discípulos..

En su intervención en el XI Memorial, el Prof. Sánchez Granjel, en su clarificadora “*Semblanza de los Doctores Guillermo Arce-Ernesto Sánchez Villares*”, termina la misma diciendo:

*“Con criterio de historiador yo situaría al profesor Arce en la etapa, crucial, de **asentamiento científico y profesional de la Pediatría Española**, y al profesor Sánchez Villares en la siguiente etapa, igualmente decisiva, **cuando***

***se inicia la diferenciación de orientaciones clínicas conducentes a la actual presencia de especialidades pediátricas como una medicina general a la que individualiza, en el ejercicio profesional, la edad biológica de los pacientes”.***

Resalto este párrafo porque estoy totalmente de acuerdo con este criterio, y creo que es en esta división en dos etapas donde debemos situar la importancia de ese encuentro **trascendental** para la pediatría española que fue el destino del Prof. Arce a la cátedra de Salamanca y la coincidencia de la presencia del Dr. Sánchez Villares, como alumno de la misma.

Tuvo trascendencia porque ocurrió así, pero pudo no haber ocurrido.

Si analizamos, desde la perspectiva que nos da la distancia, la evolución y el devenir de los miembros de los que entonces formaban la Escuela de Pediatría del Dr. Arce, nos daremos cuenta de que fue verdaderamente providencial, y reitero, trascendental, la presencia del Dr. Sánchez Villares en la misma.

En la época que Sánchez Villares denomina muy acertadamente de “madurez”, las personas que formaban, lo que podíamos denominar el núcleo estable de la Escuela, eran, fundamentalmente pediatras nacidos o asentados en la región.

En primer lugar figuraba Ramón M<sup>a</sup> de la Calzada, la mano derecha del “jefe”, imprescindible, excesivamente discreto, siempre en un segundo plano a pesar de su valía, magnífico pediatra clínico y quirúrgico, de quien posteriormente el Dr. Sánchez Villares destacaría:

*“Su sólida formación en las vertientes clínicas de la medicina y cirugía de la infancia. Su vigorosa personalidad y ejemplaridad humana y profesional dejaron impronta en sucesivas generaciones. De haberlo deseado, hubiera sido el primer catedrático surgido de la Escuela”.*

Suscribo en su totalidad todo lo anteriormente dicho. Creo que fue el mejor clínico de aquella incipiente escuela. Para mí, es una opinión muy particular y que nadie se escandalice, mejor clínico que su propio maestro. A Ramón María de la Calzada estimo que no se le ha hecho la justicia que se merece. Fue eclipsado por la gloria de su maestro. Si no fue el primer catedrático de la Escuela yo creo que se debió a que no se lo propuso y posiblemente por falta de vocación docente.

En segundo lugar tenemos que citar a Antonio Gómez Ortiz, “*principal motor espiritual de la escuela*”, como le defi-

nió el Prof. Collado Otero o “Notario Mayor de la Escuela” como le denomina el Prof. Sánchez Villares, quien le retrató de una manera magistral -como no podía ser menos- al decir:

“La bondad, sencillez y cordialidad fueron las constantes más sobresalientes de su carácter”. “Imposible olvidarle”, es cierto, su recuerdo aún perdura entre nosotros.

El resto entre los que citaremos a Ortiz de la Torre, Parra, Gómez de la Casa, Pereda y otros ejercieron su actividad profesional -como los dos anteriores- en esta región de Cantabria, para fortuna de los niños de la misma.

De entre los pediatras importantes de aquel núcleo que no se quedaron en Santander, señalaremos al entonces médico interno del Servicio, Agapito (Eduardo) Morante, clínico eminente y consultor importante, pero no especialmente inclinado a la docencia. Una vez ganadas las oposiciones a Médico Puericultor del Estado fue destinado a Pontevedra y ejerció la especialidad con gran prestigio en la ciudad de Vigo. Y como no, al entrañable Gonzalo Gangoiti.

Ya en la época que el profesor Sánchez Villares denomina “de creación” destacaba la personalidad de Federico Collado Otero, de Santoña, que prestó sus servicios como médico interno entre marzo del año 1945 hasta mayo de 1947, en la Casa Salud Valdecilla. Jefe de Servicio del Hospital de Ávila y miembro de la SCAL. Terminó su carrera como Profesor de Pediatría de la Facultad de Medicina de la UAM. Y otros muchos cuya relación haría interminable esta intervención.

Pues bien, por circunstancias que no son del caso, ninguno de ellos consiguió nuclear a su alrededor ningún grupo significativo de alumnos ni crear escuela en el sentido que, entonces y ahora, entendemos como tal.

A mi juicio, y esto puede ser discutible, sin ese encuentro -que yo califico desde mi perspectiva actual de **trascendental**- posiblemente la escuela de Pediatría del Dr. Arce, no hubiera tenido continuidad y habría desaparecido con él.

Posiblemente el Prof. Sánchez Villares hubiese sido un magnífico Catedrático de Anatomía Patológica que hubiese creado su propia Escuela y tal vez la pediatría española no hubiese adquirido el desarrollo y la madurez que tuvo, primero, por la importancia de la Escuela de Pediatría de Santander y su creador el Dr. Arce, y fundamentalmente por su continuador.

#### DIGRESIÓN FINAL

Cuando acepté este encargo, y visto lo expuesto al comienzo, pensé que con lo que conocía por mi contacto directo con el Dr. Arce, su escuela y las referencias escritas conocidas, tendría bastante material para este trabajo, centrándome fundamentalmente en la figura del Prof. Guillermo Arce.

Al Dr. Sánchez Villares le había conocido, como discípulo, primero en Salamanca y posteriormente -año 45- en el Servicio de Pediatría del Sr. Arce, pero mi relación con él había sido muy superficial. Las conversaciones con la Dra. Isabel Sánchez Jacob, la lectura de sus escritos y de todo lo que pude leer de lo que se ha escrito sobre él, ha hecho que yo descubra a una personalidad a la que en este momento lamento no haber podido tratar con asiduidad.

Se ha querido ver en ambos “maestros” una cierta “clonidad” y en cierta ocasión el Dr. Faustino Zapatero, refiriéndose a una descripción elogiosa que hacía el Dr. Sánchez Villares de su maestro, dijo: “*que realizaba sin darse cuenta su autorretrato*”. No estoy de acuerdo con ello, bien es cierto que reunían un gran número de cualidades comunes, pero a mi juicio eran dos personalidades -irrepetibles - pero distintas. Y como el tiempo se acaba, ahí dejo esa interrogación y desafío, para que si alguien se decide a recoger el guante, éste sea un tema que se aborde en el próximo Memorial.